

SECCIÓN DE EFEMÉRIDES

EL VIAJE DEL POETA LUIS CERNUDA
A GARRUCHA EN 1934

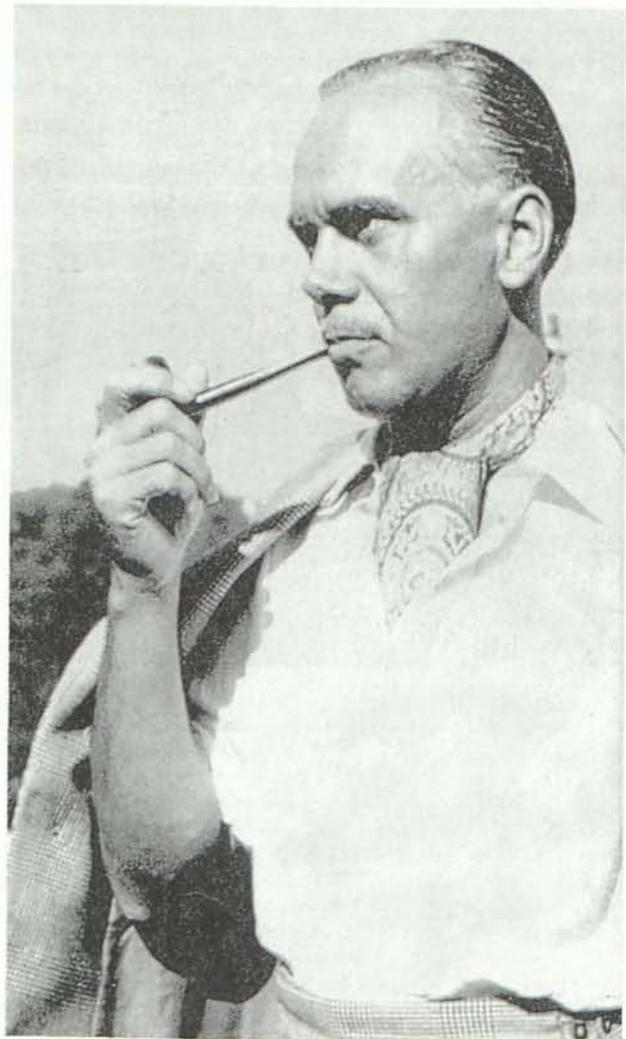
MANUEL LEÓN GONZÁLEZ

Periodista

Al joven Luis Cernuda lo despertó esa mañana el trino amable de los canarios y los jilgueros de la pensión Zamora. Se aseó en una palangana blanca y se atusó su fino bigote mexicano con un poco de gomina. Tomó café en el comedor ante la atenta mirada de sus patronos, Pedro y Carolina, que alegraban las paredes de la fonda con toda suerte de geranios y claveles. Después pasó al zaguán donde compartió charla y cigarros con otros huéspedes sobre el viento de levante que se había desatado de improviso. Había llegado al pueblo la noche antes, exactamente el 26 de marzo de 1934, procedente de la capital de la provincia y contaba con pernoctar dos o tres noches en ese puerto de mar. Se sintió extraño conversando con un viajante de comercio, un inspector de aduanas y un cosario sobre trivialidades en un pueblo desconocido. El poeta en ciernes que aún era el sevillano Luis Cernuda Bidón arribó a Garrucha en coche de caballos, con 32 años a cuestas. Para esa fecha había publicado ya *Perfil del Aire* y conocía a Juan Ramón Jiménez, había renegado ya de su ciudad natal, donde fue infeliz, embarcándose en las Misiones Pedagógicas, un proyecto del Gobierno de la República para fortalecer la instrucción pública de menores y adultos a través de conferencias magistrales y seminarios impartidos por literatos por los pueblos de España. Para esa fecha el autor más distante y distinto de la Generación del 27 había leído ya a Gidè y había resuelto el gran problema de su adolescencia: la homosexualidad encubierta en la España de principios del siglo pasado.

Cernuda paseó anónimo esa primera mañana por la villa. Esquivaba el paso de los carros de bestias por la calle mayor y observaba el trajinar del pequeño comercio con productos de ultramar. Los mozos descargaban algunos sacos de carbón y de grano y las tiendas de frutas y verduras no parecían estar demasiado abastecidas. Advirtió el poeta cierta precariedad de víveres en la villa, al igual que antes la había sufrido en otros pueblos de Granada, Málaga

y Cádiz, por los que había pasado tratando de popularizar la literatura. Contrastaba el aliño indumentario de Cernuda con ese ambiente matutino de Garrucha en el que predominaban hombres sudorosos que vestían pantalones de mahón y calzaban roídos alpargatas. El autor más atildado del 27, por el contrario, se dejaba ver ante la clientela de una barbería llena de moscas con su pelo negro brillantado y partido en raya, su *blazier* immaculado y su pañuelo de hilo anu-



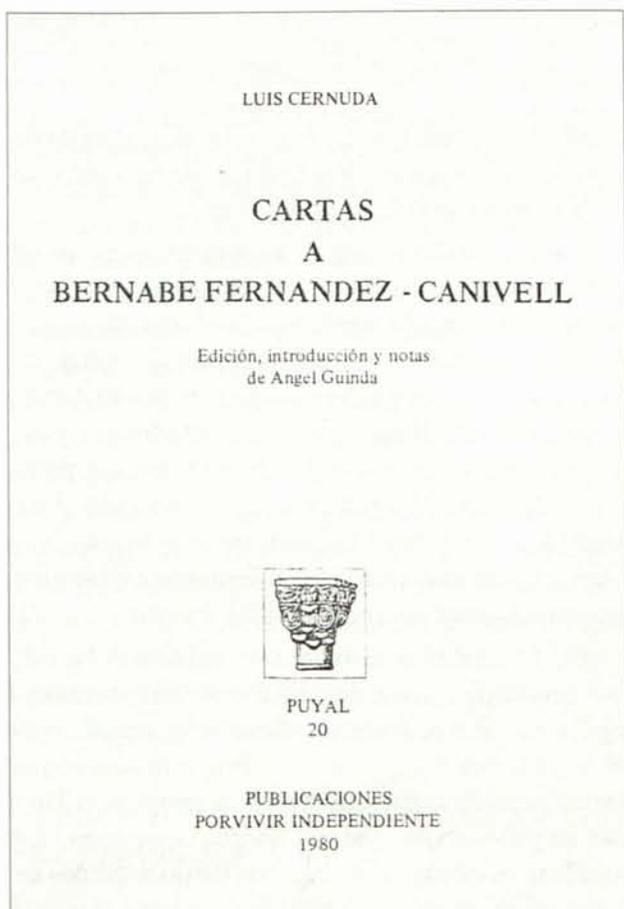
El poeta Luis Cernuda,
en una de sus poses más características (1948)

dado al cuello. Cernuda bajó al malecón de levante y lo recorrió desde la zona del Tranco hasta los toldos del Perejil. Le sorprendió el silbido de una locomotora con vagones repletos de grandes piedras que se dirigía hacia una incipiente escollera en construcción, mientras grupos de muchachos corrían a su paso por los raíles. Al mediodía y a pesar de la marejadilla reinante se desprendiendo de sus ropas y se bañó en la playa junto a la caseta de salvamento de naufragos. Era el único bañista de una rada en la que se apilaban paylabotes, remos, jarcias sacudidas por el viento y otros enseres marineros. Los arrieros que cargaban pescado en las recuas de mulas contemplaban atónitos a un joven que se metía entre las olas con calzoncillos largos en el mes de marzo. Tras el chapuzón, el autor de *La Realidad* y el *Deseo* secó sus blancas carnes y se encaminó de nuevo a la pensión Zamora pasando junto a la casa de verano de otro poeta autóctono, José María Martínez Álvarez de Sotomayor, que en esa época primaveral aún permanecía en Cuevas del Almanzora, su pueblo natal. Cernuda almorzó patatas y garbanzos en abundancia, aunque huérfanos de chicha, y durmió plácidamente la siesta. A la tarde acudió a dar la conferencia

en el sitio indicado por la dirección de Misiones Pedagógicas. Sobre la loma del antiguo hospital, reconvertido en Escuelas Graduadas por el Gobierno Municipal republicano, presentó sus credenciales al comité de maestros. El auditorio era desolador. En los pupitres no había más de seis o siete niños, hijos de maestros, y los propios docentes. Allí estaba él, Cernuda, el que ya ocupara por derecho un escaño en la lírica nacional junto a Lorca, Salinas, Altolaguirre o Guillén. Allí estaba este poeta sevillano, auxiliado por sus monóculos, en el promontorio escolar, ante el mar de Garrucha, un pueblo perdido en la costa levantina, largando un discurso sobre el siglo de oro, sobre Quevedo, Lope, y sobre todos, Góngora, luz y guía de su generación, ante media docena de chiquillos que no entendían ni jota. Mientras el resto del pueblo laboraba en el puerto, en los comercios, en las canteras, tratando de aliviar el hambre. Cernuda pensó en ese instante en Garrucha que las grandilocuentes Misiones Pedagógicas instauradas por el Gobierno de Lerroux eran una nota discordante en un país aún rural que trataba de franquear la miseria con o sin alfabetización. Esa noche, el poeta, tumbado de nuevo sobre el lecho de la pensión Zamora, pensó en el porvenir, en su porvenir como poeta. Había acabado los estudios de Derecho, pero no tenía vocación por ejercer la profesión. Había publicado un libro en la revista *Litoral* de Altolaguirre y Prados, gracias a la mediación de su maestro, Pedro Salina, pero la crítica lo acusó de plagiar la poesía de Guillén. Había leído con avidez a Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud y Hölderlín. Había conseguido un lectorado de español en Toulouse, pero lo dejó por su timidez para relacionarse con el alumnado. Habían muerto su padre y su madre. Ahora recorría Andalucía con el zurrón lleno de libros de literatura patria, impartiendo clases de iniciación a la lectura a las que no acudía nadie y a nadie interesaban.

CARTA A BERNABÉ FERNÁNDEZ CANIVELL

A la mañana siguiente se levantó con ánimo, a pesar de que el viento había arreciado en Garrucha y la lluvia copiosa golpeaba los cristales de su cuarto. Se armó de pluma y papel y escribió a su buen amigo Bernabé Fernández-Canivell, un editor cordobés afincado en Málaga, vinculado con los autores del 27. Esa carta, datada en Garrucha (Almería), fue incluida 46 años más tarde en una edición de Publicaciones Porvivid Independiente, bajo el título de Car-



Portada del libro en el que se publicó la carta remitida por Luis Cernuda desde Garrucha en 1934

tas de Luis Cernuda a Bernabé Fernández-Canivell, con introducción de Ángel Guinda.

En la epístola, el poeta sevillano transmitía a su amigo su estancia en Cádiz y Almería y lo mucho que le había agradado esta última ciudad por su gracia y amabilidad. Le narra que ahora se encuentra en un pueblo de la costa (Garrucha) y que en vez de sol se ha dado de bruces con el mal tiempo. Le habla de su baño en el mar, del ruido de las olas y del viento y de como ve desde la azotea un trozo de mar gris y verdoso. En esa misiva matasellada en la oficina postal de la Garrucha de preguerra, el joven autor sevillano, de existencia errática, anticipa a su amigo Bernabé la publicación de un nuevo libro, que aunque no lo refiera explícitamente, se tratará de *Donde habite el olvido*, una pequeña colección de poemas editados en Madrid por Signo. Le avanza también que una dedicatoria de ese libro será para el amigo montillano, concretamente en el poema que lleva por título *Los fantasmas del deseo*. También anuncia otra para su otro amigo Ramón Gaya y otro igualmente para Manuel Altolaguirre y su mujer Concha Méndez, en cuyo casa en su estancia mexicana morirá el poeta de un infarto en 1.963.

Cernuda le pregunta a Bernabé, a través del papel, en esa mañana montaraz desde su habitación en la calle Mayor de Garrucha por Emilio (Emilio Prados, compañero de generación) a quien define como amigo histórico. Por ello le pide que interceda ante él para que apoye la publicación de un libro de José Emilio Herrera (otro amigo del poeta sevillano que no pasó a la posteridad), puesto que Prados acababa de comprar la imprenta Sur ubicada en Málaga. Luis Cernuda se despide suplicando el acuse de recibo de su carta a su buen amigo poco dado a frecuentar la escritura de epístolas, según se desprende de las continuas quejas de Cernuda en otras cartas recogidas en la misma edición.

El poeta sevillano permaneció un día más en Garrucha, hasta el 29 de marzo de 1.934, y regresó a la capital almeriense para seguir su recorrido con Misiones Pedagógicas por Alicante y Valencia, tal como explica en las cartas a su amigo. Durante ese último día, un Cernuda anónimo volvió a pasar su misantropía por las calles de Garrucha, sin hablar con nadie, sin acercarse a nadie, como espectador exclusivo del atrezzo cotidiano de la villa marinera. Se sentaba Cernuda con su traje de lino exquisito en una de las piedras del naciente espigón de poniente al socaire de las gaviotas y asistía al espectáculo del

2

Garrucha (Almería)
28 marzo (1934)

Mi querido Bernabé: estoy pasando unos días en este pueblo de la costa. Desde que me marché de Málaga he hecho dos visitas al mar; una en Cádiz, a principios de año, y otra ahora, aquí. Por más, que me olvido de que hace ya una semana estuve en Almería. Es decir, que son tres visitas. Y no sé cómo olvidaba esa de Almería, porque la ciudad me gustó, en cierto sentido, más que Málaga. ¿Conoces tú Almería? Pocas cosas conozco tan graciosas, amables y de buen recuerdo. Es muy posible que pase allí algunos días de los primeros de abril.

Vine aquí esperando encontrar sol, pero sólo me he bañado, hasta hoy, una sola vez. En este momento que te escribo llueve lo bastante para no poder salir a la playa y ver el mar, por un tiempo así, como yo no lo conocía. Entre el ruido de la lluvia, del viento y de las olas tengo una buena música para acompañar esta carta. ¿La oírás tú como eco al leerla? Desde las ventanas de la espalda de la casa en que vivo y desde la azotea veo un trozo de mar gris y verdoso. No me parece el mismo mar de este verano ahí en Málaga.

Pero basta de digresiones¹, Bernabé; no abusaré de tu amistosa paciencia.

1. Quizá por descuido, Cernuda escribe incorrectamente esta palabra que, en su perfecta estructura superficial, debería ser *digresiones*.

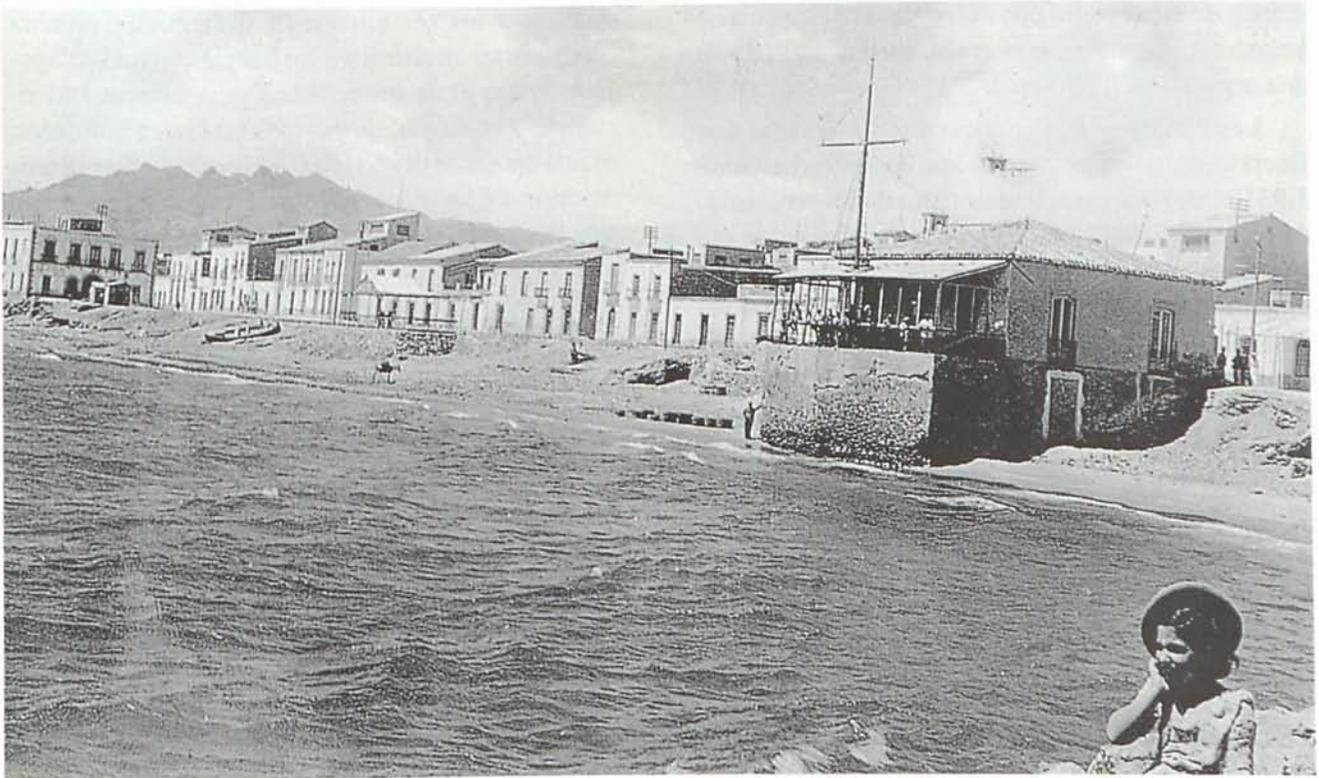
19

Comienzo de la carta escrita por Cernuda en Garrucha

varado de las barcas entre el griterío desgañitado de la venta del pescado, desengañado de la vida y de los hombres con poco más de 30 años.

Luis Cernuda se sumaba así a otros poetas de su misma generación que tuvieron algún tipo de vínculo con la provincia almeriense. Es el caso de Lorca, que cursó estudios de bachillerato en la capital, de Albertí, que pasó algún verano de su niñez en Almería y de Gerardo Diego, que recaló en Mojácar y escribió un poema dedicado al Indalo. Otro poeta almeriense de adopción, recientemente fallecido, José Ángel Valente, junto a Gil de Biedma y Villena, valoraron desde muy temprano el testimonio de la vida de Cernuda para sus propias vidas y obras.

En 1.979, Olifante Ediciones publicaba 17 cartas y una tarjeta postal de Luis Cernuda al poeta portugués Eugenio de Andrade. Un año después Bernabé Fernández-Canivell ofrece a Publicaciones Porvenir cuatro cartas inéditas de su amigo sevillano para su publicación, que son las que componen este volumen. Si es bajo el número de cartas reunidas en esta edición, alta es su significación, siendo el periodo en el que aparecen fechadas tan decisivo en la vida y obras cernudianas. Y Ahí radica la importan-



La playa de Garrucha en la época en que visitó Cernuda el pueblo (Col. Juan Grima)

cia de las impresiones capturadas por el poeta en su efímero paso por la Garrucha republicana. Cualquier declaración del poeta cobra siempre un valor innegable para los estudiosos de autor de Poemas para un cuerpo y para los lectores en general, más, si cabe, en el año en que se conmemora el primer centenario de su nacimiento. Bernabé Fernández-Canivell, contribuyó con su gesto a desempolvar la escasa pero selecta comunicación epistolar de Cernuda con interesantes escritores y personas relacionadas con la literatura y el mundo editorial, indagando en reveladores detalles de la compleja personalidad del gran poeta del 27. La carta remitida desde Garrucha supone al menos un mojón en este menester. Fernández-Canivell ejerció un vivo protagonismo en la poesía contemporánea española y a él se deben las más bellas ediciones de Alexandre, Dámaso Alonso y el propio Cernuda. Gracias a él, Málaga se convirtió en el paraíso de las ediciones poéticas artesanales. Ocupa, por tanto, un puesto de primera fila dentro de la historia española de las Artes Gráficas.

LA LABOR DE LAS MISIONES PEDAGÓGICAS EN LA REPÚBLICA

Luis Cernuda se había unido en 1.932 a un grupo de misioneros que llevaban la cultura a los pue-

blos más remotos de España, recorriendo las viejas carreteras de Castilla y los caminos polvorientos del campo andaluz. Aparte de Garrucha, Cernuda se tiene constancia que visitó hasta la Guerra Civil, Burgoondo (Ávila), Cifuentes (Guadalajara), Pedraza (Segovia), Toledo, (Nava de la Asunción, Coca y Cuéllar (Segovia), Teruel, Toro y Benavente (Zamora), Ronda (Málaga), Ayamonte e Isla Cristina (Huelva). El poeta también colaboró con el Museo del Pueblo, que trasladaba cuadros de jóvenes pintores españoles como Ramón Gaya o Eduardo Vicente y reproducciones de Goya, Murillo y Zurbarán por los pueblos en exposiciones itinerantes, en las que Cernuda asumía la responsabilidad de breves explicaciones y comentarios sobre las obras en cuestión. Cernuda ha dejado testimonio escrito de estas excursiones itinerantes por las tierras murcianas de Águilas, Mazarrón, Mula y por la almeriense de Purchena. Estos viajes abrieron los ojos del poeta a la triste realidad social de miseria tanto material como cultural, que intentó paliar la República, aunque con escasos medios a su alcance. Estas gentes humildes que vivían en aldeas apartadas no había visto nunca un cuadro, a los sumo alguna estampita religiosa. Acompañaban a Cernuda en estos viajes otros intelectuales de la época como Arturo Serrano Plaja, Antonio Sánchez Barbudo y Enrique Azcoaga. Federico García Lorca, aportó el complemento dra-

mático de estos viajes con la creación del teatro ambulante denominado La Barraca, aun encuadrado en una organización diferente.

Las Misiones Pedagógicas fueron creadas por Decreto, bajo la figura de un Patronato, en mayo de 1.931, muy pocas semanas después de ser proclamada la República. Cernuda consiguió a finales de ese año un puesto gracias a la mediación de su viejo maestro Pedro Salina, miembro del comité de dirección. Según la primera memoria del Patronato el objetivo fundamental de las Misiones es «llevar a las zonas rurales apartadas los recursos de alegría culta de que se hallan generalmente privadas». Con este fin se crean equipos de misioneros que, debidamente provistos, entre otros enseres, de proyectores cinematográficos, gramófonos y libros visitan pueblos aislados como Garrucha en esa época para convivir unos días con los habitantes. Los misioneros les divierten con poesías, música y espectáculos y al marchar les dejan libros para que sigan aprendiendo y divirtiéndose. La guerra civil cercenó, tras un lustro de actividad este noble proyecto filantrópico. La primera biblioteca pública con la que contó Garrucha en las Escuelas graduadas, surgió en base a este proyecto bajo el que se ordenó la creación de colecciones fijas y circulantes en todas las Escuelas Nacionales del país. Según las estadísticas publicadas en la época, se establecieron más de 3.000 bibliotecas en diversos lugares de España. Algunos viejos vecinos de Garrucha recuerdan aún el paso de estas Misiones por el pueblo, como el caso del pintor murciano Manuel Muñoz Barberán, que pasó años de su infancia en Garrucha.

LA GARRUCHA QUE CONOCIÓ CERNUDA

Garrucha no era una excepción en comparación con el resto de pueblos de España en 1.934. Caciquismo, miseria y rivalidades ideológicas y políticas alimentaban un clima de enfrentamiento que desembocó en guerra civil a la vuelta de dos años. Cuando Cernuda recaló en la Garrucha republicana de esas fechas ocupaba la alcaldía José Clemente Vidal, un exportador de palma y otros productos, por el Partido Socialista, aunque a los pocos días de abandonar el poeta el pueblo, dimite el Gobierno Municipal en pleno, tras las elecciones de abril de ese año, que se saldaron con el triunfo de la derecha en el país (bienio negro). Los ediles justifican el abandono por las coacciones del delegado gubernativo Rogelio Palomares, que se personó en la localidad con el propósito de

destituir a los socialistas. El Gobernador nombra como nuevo alcalde a Pedro Simón, un taxista apodado Pedro el de los coches, que muere al año siguiente y es sustituido por Pedro Gerez González, en una época de difícil gobierno ante la escasa participación de los concejales en la gestión municipal ante la crisis económica y la emigración constante a otras regiones.

El hito más destacado de la época para la historia de Garrucha es el buen ritmo con que marchan las obras del refugio de pescadores iniciadas en 1.931, que contribuyen a paliar el desempleo provocado por la crisis generalizada en el país y particularizada en Garrucha con el desmantelamiento de la actividad minera en las sierras colindantes. Espoleado por la visión del naciente espigón, el ayuntamiento solicita al Gobierno la ampliación del puerto a la categoría de muelle comercial. Como tampoco se descuida ese año la sempiterna reivindicación del ferrocarril de levante, esta vez uniendo Calasparra y Almería, pasando por Garrucha. Junto a estas reivindicaciones, se masca un clima social tenso entre obreros y patronos, al igual que en el resto de España. Los trabajadores del puerto afiliados en masa a los sindicatos van a la huelga y algunos son despedidos. Las revueltas también afectan a los trabajadores que cargan el esparto de la Casa Fuentes, que es acusada por el Gobierno Municipal de seleccionar a los jornaleros con criterios caciquiles y de clientelismo político. En octubre de 1.934 Garrucha pierde la sede de la Capitanía de Carabineros que se traslada a Cuevas y que nunca va a volver a recuperar, a pesar de que los garrucheros litigan con ahínco ante el Gobierno de la República. En esa época se efectuó el primer deslinde del término municipal con técnicos topográficos, aunque al no presentarse los representantes de Vera y Mojácar, a la postre, el intento resultó baldío. Mientras en el malecón, reconvertido en Paseo de Pablo Iglesias, la alegre y legendaria caseta de salvamento de naufragos se convierte en cantina escolar y más tarde en sede del pósito de pescados y escuela de orientación marítima. Se suceden también en esas fechas las quejas vecinales ante el ayuntamiento por el alto precio del pan en las tahonas, sobretudo en los periodos de inactividad pesquera producidos por los temporales de levante. Las enfermedades son frecuentes, sobretudo el tracoma, por lo que se consigue en poco tiempo uno de los pocos centros antitracomatosos de la provincia que se instala en los bajos del ayuntamiento. Las calles de Garrucha están todavía envueltas en el deambular de lo que se llamaban vehículos de tracción de



La calle Mayor de Garrucha, donde se hallaba la pensión en la que se alojó el poeta (Col. Juan Grima)

sangre o caballerías, con la excepción de algún Sedán o camioneta Berliet de los remitentes de pescado.

La proclamación de la República impregna a Garrucha, como al resto de España, de un sentimiento laico que se palpa en la vida cotidiana y crea tensiones vecinales. Desaparecen las escuelas regentadas por órdenes religiosas y se constituye una Escuela pública y gratuita en el antiguo hospital. El año que Cernuda visita Garrucha acaban de iniciarse las clases de adultos impartidas por los maestros Juan Muñoz, Plácido García, Juan Siles y Bienvenido Mesas. También se inaugura una colonia escolar veraniega para niños de otros pueblos de interior. Para celebrar las tradicionales procesiones de Semana Santa, el Cura Párroco, don Santiago, se ve obligado a solicitar permiso a la autoridad gubernativa y el ayuntamiento ese año decide prohibir las saetas durante los desfiles. Problemas sociales aparte, el hecho más paradójico a lo largo de ese año de 1.934 en la villa fue el desencadenamiento de una gran nevada que extendió un manto blanco hasta la misma orilla de la playa a finales de febrero. Los garrucheros no terminaban de dar crédito al fenómeno.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- CERNUDA, Luis: *Carta a Bernabé Fernández-Canivell*. Zaragoza, 1980.
- CERNUDA, Luis: *Antología Poética*. Alianza Editorial, 1975.
- FLIS, Miguel J.: *Luis Cernuda: La Realidad y el Deseo*. Madrid, 1991.
- GAOS, Vicente: *Antología del grupo poético del 27*. Madrid, 1983.
- GRIMA CERVANTES, Juan: *Memoria histórica, fotográfica y documental de Garrucha (1.861-1.936)*. Garrucha, 1991.
- QUIRARTE, Vicente: *El amor mexicano de Luis Cernuda*. La Crónica de México, 2002.
- TRAPIELLO, Andrés: *Luis Cernuda: Historia de una desesperación*. Suplementos Libros. La Vanguardia. Barcelona, 2002.
- VV. AA.: *Luis Cernuda, entre la realidad y el deseo*. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y Residencia de Estudiantes de Madrid, 1931.
- *Libro de Actas de Plenos de 1934*. Archivo Municipal de Garrucha.
- Testimonio oral: María Zamora.